

**Q**UIERO hoy hablar del testimonio del paso del tiempo, dado en sendos libros recientes, por dos mujeres famosas —las más conocidas entre nosotros, aunque no las mejores— del mundo francés de las letras: Simone de Beauvoir\* y Françoise Sagan\*\*. En sí mismos, ni uno ni otro de los dos libros son muy buenos, y mejor, yo diría, el de Françoise Sagan. Ambos, sin embargo, tienen importancia para ver cómo y dónde los escritores —y con ellos, más pronto o más tarde todos— se van, nos vamos «quedando», dan por terminada su evolución espiritual o, cuando más, prolongan muy retardado el ritmo de ésta. Pues lo normal es que en las personas de edad la muerte literaria de los escritores, la muerte espiritual de todos, preceda a la muerte física.

Simone de Beauvoir, apuntándose el mérito de la franqueza, es muy explícita a este respecto. Desde 1962 —nos dice—, por mucho que el mundo haya cambiado, ella, en lo profundo, ya no ha cambiado, y su vida no se orienta hacia ningún objetivo, sino que, ineluctablemente, se desliza hacia la tumba. «Mi muerte ha comenzado desde hace mucho tiempo —agrega en otro lugar, con otro lenguaje, entre el de Séneca y el del existencialismo— y me he habituado a ver cómo me deja mi pasado. Es, sin duda, por resignarme a mi propia desaparición por lo que acepto también la de los otros», la de los amigos que terminan al fin de morir. Yo diría, no obstante el libro reciente de Elaine Marks, *Simone de Beauvoir: Encounters with Death*, que la experiencia más genuina que nuestra autora nos comunica no es la del encuentro con la muerte, sino la de la vejez y el envejecimiento. Si *Une mort très douce* se referiría a lo primero, *La vieillesse* era un libro a la vez documental y reflexivo sobre la experiencia del envejecer. Aquí prolonga tal reflexión y nos hace confesiones importantes. En primer lugar, la de reconocerse una misma, ella misma, a través de todos sus cambios, lo que, en una época como la actual, de crisis de identidad del yo, nos la sitúa en una cierta lejanía. Es ella misma quien lo hace: según su sensación fue poco después de cumplidos los cincuenta años cuando sintió que había entrado en la vejez. Desde entonces, instalada en ella, ya ni siquiera envejece, se limita a esperar la muerte sin esperanza. Todo élan ha cesado, ya no mira hacia el porvenir y, libro más, libro menos, su obra será, nos dice, lo que ya ha sido.

(\*) *Tout compte fait*, MRF, Gallimard, París.

(\*\*) *Des bleus à l'âme*, Flammarion Editeur, París.

Para mí, esto es lo más importante del libro. La revisión de sus escritos, y más todavía el relato de sus lecturas, de las películas que ha visto, de los viajes que ha hecho, me resultan bastante aburridos. Ella misma nos dice que vive más bien apartada de los jóvenes y, de vez en cuando, su estilo mismo denuncia que, pese a su progresismo, pertenece a otra época. ¿Quién se atrevería hoy a escribir, con la más convencional expresión del francés clásico, que, por ejemplo «mes autres camarades ne m'inspirèrent jamais que des sentiments fort modérés»? (El subrayado es mío, claro.) La continua resistencia interior a interesarse por disciplinas como la lingüística y la economía política es otra confesión que nos confirma en lo mismo. Lo que no obstó, naturalmente,

aquellas han de ser completadas por las del «feminismo radical».

El libro se cierra con un último reconocimiento de la limitación de su propósito, que, para decirlo con palabras de Roland Barthes, no ha sido el de *écrivain*, sino meramente de *écrivain*. «No he sido una virtuosa de la escritura». «He querido hacerme existir para los otros comunicándoles, de la manera más directa, el gusto de mi propia vida: y casi lo he conseguido».

Yo no estoy completamente seguro de ello, pero, de todos modos, y en fin de cuentas —*tout compte fait*—, su testimonio de vida no ha ocurrido en vano. Lo que está bien, y basta.

En un momento de su libro, y a propósito de otro anterior, *Les belles images*, Simone de Beau-

(mon heure de gloire)», la serie de comentarios, por lo general, así lo siente ella, tontos, que necesitan soportar acerca de su obra, su ligero distanciamiento del mundo saganesco del que, sin embargo, no le será fácil salir, el sentimiento de depresión y el peso de la soledad, incluso de sí misma (el libro se cierra con la conciencia de que su personaje tenía razón, de que era la última vez que iba a verles de frente, y quizá a ella misma también).

Françoise Sagan, como todos y cada uno de nosotros, pertenece a un mundo de transición, porque el mundo se encuentra siempre en transición, pero la mayor parte de sus habitantes no se dan cuenta, y ella sí; un mundo para el que la droga ha llegado demasiado tarde («Que je suis donc démodée!», por lo cual y «por una vez» se une a «la opinión de las autoridades» (¿a la de Nixon y su Administración, acérrimos enemigos de todas las drogas, también?). Un mundo que quiere recuperar la «espiritualidad». En el *morceau de bravoure* —siempre en el estilo intimista y sentimental «à la Sagan»— del libro, en su «mensaje» (las palabras que sirven de título), el que se reproduce en la parte de detrás de la cubierta, tras aludir a las previsiones estadísticas de quienes van a morir de modo lamentable, evoca otras posibles, las de quienes van a conocer un gran amor, las de quienes, a la hora de la muerte, tendrán, desde la cabecera de su lecho, una mirada para ellos, unas lágrimas por ellos. Y eso, frágil y precioso, es «lo que los cristianos llaman "el alma" (y los ateos también, aun cuando emplean otro término)».

Dos libros, los que hemos comentado, que, a diferentes niveles de edad, nos cuentan una decadencia personal, una desilusión íntima que pueden ser consideradas reflejo individual de una desilusión y una decadencia del mundo mismo en que vivimos. Simone de Beauvoir no intenta ya siquiera salir de su estado de ánimo de vejez. Françoise Sagan difícilmente se liberará ya de su manierismo. Hace falta ser muy joven o mirar a muy largo plazo para mantener viva la esperanza. Esta es la lectura, como se ve, más bien negativa, que yo he hecho de estos dos libros.

## JOSE LUIS L. ARANGUREN

# EL TIEMPO PERDIDO

te, a que participase en los sucesos de mayo de 1968, si no con entusiasmo, al menos con pleno sentido de lo que consideraba su deber. Siguiendo a Sartre, también ella ve la originalidad de aquella «revolución» en la lucha prioritaria por el poder, en vez del mantenimiento de la primacía de la reivindicación de la propiedad. Por el contrario, se mantiene firme en su ateísmo, que, formulado así, resulta hoy más anticuado que el más anticuado de los teísmos.

Es sabido, y generalmente reconocido, que Simone de Beauvoir ha sido, con *Le Deuxième Sexe*, la precursora del actual movimiento de liberación de las mujeres. Sin embargo, es menester agregar que en este punto, como, por lo demás, a lo largo de todo el libro, se muestra sumamente discreta, y más interesada en subrayar la originalidad del movimiento que su dependencia de ella. Ella, declara, se mantuvo en el plano teórico, en tanto que el feminismo, en el pleno sentido de la palabra, exige la lucha por las reivindicaciones propiamente femeninas. Hace años, en su tiempo, las tesis que ella defendió fueron las del «socialismo abstracto»; ahora comprende, siguiendo a Juliet Mitchell, que

voir nos cuenta que, según ciertos críticos, se habría salido en él de sí misma: «Eso es el mundo de Françoise Sagan, no el suyo». A nadie se le ocurriría hacer una crítica semejante a Françoise Sagan, siempre fiel cuidadora de su pequeño jardín de flores entre marchitas, pero no del todo, y decadentes, pero no mucho.

Y, sin embargo, también el paso del tiempo se siente en este su último libro, de título casi demasiado bonito, como todos los suyos, «simbolismo» en la época de masas y poesía al alcance de todos. Es un libro mitad novela, mitad autobiografía del «alma». Un libro en el que la autora se burla un poco ingenuamente de su técnica y del manejo que se trae con su pareja de ya conocidos personajes que se van quedando, y se quedan definitivamente al terminarse el libro, bastante mustios. Aunque lo nieguen, creo que en su hastío influyen los sucesos de 1968, el desengaño también de quienes hablan del «pueblo», de los espectáculos a él reservados, de los tópicos políticos. Y, por otra parte —o por la misma—, encontramos su mofa de los Clubs Méditerranée, su interés —todavía— por los Ferrarj y su fidelidad a «la Maserati»; su mirada retrospectiva, mitad nostálgica, mitad desilusionada, a «1964